

guerra con esta última potencia, y por lo mismo era prudente arreglarse primero con la Gran Bretaña y dejar la guerra con México para despues

La cuestión, llamada del Oregon, se refería al dominio de las costas del Pacífico, al Norte de California, cuya posesión se disputaban la Inglaterra y los Estados Unidos. Las patentes concedidas por los reyes de Inglaterra á las primeras colonias, daban á entender que sus territorios se extendían en dirección al Oeste hasta el Oceano Pacífico, sin atender para nada al derecho de los habitantes indígenas. El gobierno inglés pretendía, no obstante, el dominio directo sobre los territorios marítimos del lado del Pacífico por haber sido descubiertos posteriormente por Francisco Drake; pero los americanos objetaron á esto, que Drake no había pasado de los 43° de latitud Norte; que antes de él habían explorado las costas hasta los 56° y aun hasta los 59° Norte, un gran número de navegantes españoles, y que los derechos de España habían sido tras-pasados á los Estados Unidos en el tratado de la Florida. La verdad era que ninguna de las potencias descubridoras había hecho más que tomar posesión del país, sin establecer nada permanente; por manera que toda la disputa giraba al rededor de las argucias sin base positiva, y tanto fué así, que Quincy Adams adujo hasta un pasaje del Pentateuco para probar la validez de los títulos de los Estados Unidos, lo cual pudo ser muy patriótico, pero no dejaba de ser sumamente ridículo. La razón más sólida de los norte-americanos era que su compatriota Roberto Gray había descubierto en 1792 el río Columbia y Lewis Clark lo había recorrido desde sus fuentes hasta la desembocadura, en 1805. Los ingleses trataron, no obstante, de probar que antes que Gray otros habían descubierto aquel río. Astor estableció allí su colonia en 1811, que dos años despues fué abandonada y los ingleses izaron allí la bandera de su nación; pero restituyeron despues de la guerra, en 1818, aquel territorio á los norte-america-

nos, y en el tratado celebrado en 20 de Octubre del mismo año entre las dos potencias, quedó fijado el límite entre las posesiones inglesas y el territorio de los Estados Unidos por aquel lado en los 49° de latitud Norte, acordándose que el país comprendido entre las montañas Pedregosas y la costa del Pacífico, es decir, el Oregon, quedaría durante diez años abierto con todos sus puertos, bahías, ríos y lagos á los buques, súbditos y ciudadanos de ambos países sin distinción. Era, pues, el Oregon provisional propiedad común de Inglaterra y de los Estados Unidos. Este pacto fué prolongado en 1827 hasta que conviniese hacer un arreglo nuevo; pero siendo Tyler presidente, llamó la atención del Congreso sobre este territorio y sobre la conveniencia de un arreglo definitivo, atento que empezaba á dirigirse allí una corriente de emigración desde los Estados Unidos. Este párrafo del mensaje presidencial llamó mucho la atención del gobierno inglés, y más cuando Tyler, aconsejado por Upshur, volvió en su mensaje de Diciembre de 1843 á hablar del mismo asunto, diciendo que examinada bien la cuestión, correspondía á la Unión todo el territorio del lado del Pacífico comprendido entre los 42° y los 45° 40' de latitud Norte. Calhoun, sucesor de Upshur en el ministerio de Estado, comprendió que antes de admitir Inglaterra por límite esta última latitud, preferiría la guerra, y que esta guerra impediría además la anexión de Texas; pero los demócratas alborotaron todo el pueblo, el cual, sin saber en su mayoría donde se hallaba ni que país era el Oregon, ni donde estaban los 45° 40' de latitud, pidió esta frontera ó la guerra. El mismo Adams apoyó este límite, como el único justo, en un excelente discurso en la Cámara de representantes, la cual lo aprobó en su sesión del 9 de Febrero de 1846 por 163 votos contra 54. Calhoun entre tanto trató del arreglo con el embajador inglés sobre la base de los 49° Norte como límite, y las negociaciones habían llegado ya al fin apetecido por ambas partes, salvo el



ponerse de acuerdo sobre el derecho de navegación en el río Columbia, que reclamaban los ingleses para sus buques, cuando concluyó la presidencia de Tyler y le sucedió en ella Polk. Concluida la agitación electoral, miraron todos los partidarios con más calma la cuestión del Oregon, que sólo había servido al partido democrático para encumbrar á su candidato Polk, y el nuevo ministro de Estado, Buchanam, se apresuró á aprovechar esta disposición y firmar el tratado con el embajador inglés sobre la base de los 49° latitud Norte como límite. La Cámara de representantes había votado ya afirmativamente, en 23 de Abril de 1846, el tratado, despues de violentos debates y un diluvio de invectivas y alusiones picantes entre el Norte y el Sur, pues que el Norte se reforzaba con la adquisición del Oregon en perjuicio de su rival. El Senado sancionó tambien el tratado y las relaciones con Inglaterra volvieron á entrar en su cauce pacífico.

Una guerra con Inglaterra hubiera sido por lo demás á todas luces funestísima para los Estados Unidos, cuya marina de guerra no estaba dispuesta para poder entrar en campaña; y aunque lo hubiese estado, los ingleses habrían tenido ocupada toda la costa con sus escuadras estacionadas en Australia y el mar de China antes que la escuadra americana hubiese doblado el Cabo de Hornos. En este caso no había que pensar en enviar un ejército numeroso por tierra al otro lado de las montañas Pedregosas, ni menos en aprovisionarlo, porque además de la inmensa distancia no había caminos. Los ferrocarriles estaban en su primer período de desarrollo y la extensión de todos juntos no pasaba, en los Estados Unidos, de 8,000 kilómetros. El ferrocarril de Baltimore á Ohio apenas llegaba á las estrivaciones orientales de los montes Alleganhes, ni había aún vía ferrea ni entre Nueva York y Bufalo, ni entre Filadelfia y Pittsburgo.

Calhoun dijo que si los demócratas no se hubiesen servido de la cuestión del Oregon para sus fines elec-

torales y se hubiese dejado tiempo, la colonización pacífica y paulatina de toda la costa marítima ó sea del Oceano pacífico por el pueblo norte-americano, habría sometido todos aquellos dilatados territorios á la Unión sin ruido ni gasto.

A los pocos días de haber votado el Congreso el tratado con Inglaterra respecto del límite del Oregon, es decir, el 1° de Mayo de 1846, corrió la primera sangre entre las fuerzas norte-americanas y las mexicanas, concentradas en ambas orillas del Río Grande del Norte.

El ejército norte americano, con 3,000 hombres, se reunió á las órdenes de General Taylor en el puerto de Corpus Cristi, de Texas, con el objeto de ocupar este país, pero en realidad, como dice Grant en sus *Memorias*, pues formaba parte del mismo ejército con el grado de teniente, para provocar un ataque de parte de los mexicanos á fin de que ellos fuesen los agresores. Viendo los norte-americanos que los mexicanos no acudían al combate, la expedición recibió la orden de avanzar hasta el Río Grande y operar allí contra Matamoros. La distancia que había que recorrer era de 240 kilómetros en país completamente desierto y sólo habitado por innumerables manadas de caballos silvestres, de antílopes, lobos y pavos. La yerba era tan alta, que en muchas partes impedía dominar con la vista la llanura, por cuya razón el ejército debió avanzar con mucha lentitud. A mediados de Marzo llegó al citado río y acampó en frente de Matamoros, en el punto donde hoy se halla la ciudad de Brownsville. Una partida de mexicanos que había pasado el río, atacó á un escuadrón de caballería norte americano, que engañado por la alta yerba se había adelantado demasiado, y lo hizo prisionero despues de causarle diez y seis bajas. La noticia de este descalabro se extendió pronto por toda la Unión y dió el ansiado motivo para las proyectadas conquistas. Entre los Estados del Sur y Sud-Oeste resonó el grito: "Los mexicanos han invadido nuestro territorio y en él han de-



rramado la sangre de los nuestros." Lo de *nuestro territorio* era cosa que faltaba probar, porque en ninguna parte constaba que Texas se extendiera hasta el Río Grande, ni había encontrado el ejército expedicionario habitación humana en todo el trécho de 240 kilómetros que separa el Río Nueces del Río Grande, pero lo que convenía era un pretexto, y el pretexto estaba dado. Polk envió al Congreso un mensaje belicoso pidiendo recursos para la guerra, y el cuerpo legislativo autorizó al presidente á poner en campaña un ejército de 50,000 hombres, que en realidad no llegaron á 20,000 efectivos, como suele suceder siempre en América en estos casos. Adams fué uno de los pocos whigs, es decir, catorce, que tuvieron el valor de declararse en la Cámara de representantes contra la guerra, y en el Senado lo hicieron solamente Juan Davis, de Massachusetts y Clayton de Delaware. En general, puede decirse que en los Estados del Norte y del Este, no se manifestó ningún entusiasmo por esta guerra, que no obstante, fué para los Estados Unidos feliz.

Los 3,000 hombres que á las órdenes del general Zacarías Taylor estaban acampados á orillas del Río Grande, eran la flor del ejército de la Unión y en su oficialidad figuraban muchos alumnos de la Academia militar establecida en Westpoint, á orillas del Río Hudson. Los mexicanos mandados por el general Ampudia, eran numéricamente más fuertes, pero su armamento é instrucción eran lamentables; sus fusiles eran antiguos y las balas de sus cañones ningún daño causaron. Los anglo-americanos alcanzaron dos victorias, una cerca de Palo Alto, en 8 de Mayo de 1846, y otra al día siguiente cerca de Resaca de la Palma, recibieron poco despues refuerzos de batallones de voluntarios, hasta que su fuerza llegó á 6,500 hombres bien disciplinados é instruidos. Con ellos el general Taylor pudo marchar contra Monterrey, situada en una meseta elevada cerca de 700 metros sobre el nivel del mar y defendida por Ampudia con 10,000 hombres.

Despues de un nutrido fuego contra los fuertes, especialmente del fuerte Negro, y de una empeñada lucha que ocurrió el 21 de Septiembre, entregose Ampudia con sus fuerzas y Taylor ocupó con los suyos la ciudad y los fuertes. Los prisioneros de guerra fueron puestos en libertad á cambio de la promesa de no hacer armas contra los Estados Unidos. "Pocos de ellos, dice Grant en sus *Memorias*, parecían saber por qué hacían la guerra, ni mostraban por lo mismo entusiasmo alguno, siendo además el aspecto de los hombres como el de los muchos caballos que llevaban, en extremo lamentable."

Zacarías Taylor, lo mismo que el generalísimo de la Unión Winfield Scott, era más partidario de los whigs que los demócratas del Sur, por cuyos intereses ambos generales, por un capricho de la fortuna peleaban; á haber habido entonces en el estado mayor de la Unión generales de nota que hubiesen profesado los principios de los Estados del Sur, el gobierno les habría confiado la dirección de la guerra y no á los antes citados. Así y todo, el éxito coronó las operaciones de ambos generales más allá de los deseos de los esclavistas, á pesar de las vejaciones con que éstos trataron de disgustar á los dos militares, honrados, peritos y decididos. Ambos eran queridos de sus soldados. Tres victorias sucesivas y otra mayor cerca de Buena vista que Taylor alcanzó en 22, 23 y 24 de Febrero, llamaron la atención del partido whig, que desde entonces le hizo su candidato para la próxima presidencia. Esto excitó al gobierno á quitar á Taylor los medios de adquirir nuevos laureles debilitando sus fuerzas y agregándolas al ejército del generalísimo Scott, que fué autorizado para ejecutar su plan atreviéndolo de tomar á Veracruz, de marchar desde allí á México y dictar en México la paz. A Taylor se le dejó en el país de Monterrey, donde con reducidas fuerzas y oficiales díscolos, pertenecientes al partido democrático, nada pudo hacer ya, pues fuera de Monterrey no había allí otras



ciudades dentro de un radio inmenso. Esto no perjudicó, sin embargo, á su popularidad.

Polk y su gobierno habían calculado que las victorias alcanzadas por Taylor bastarían para inducir al gobierno mexicano á hacer la paz cediendo á los Estados Unidos los dilatados territorios que ambicionaban; pero viendo que se habían engañado, imaginaron valerse para conseguir su objeto, de la persona del ex-presidente Santa-Anna, que vivía desterrado en la Habana. Este viejo ladino y conspirador aceptó los medios que la Unión le facilitó para volver á su país, sin obligarse en cambio á nada, y apenas se encontró en México, excitó á sus compatriotas á resistir á los invasores y á no rendirse.

Polk, para eliminar al generalísimo Scott, á causa de sus conocidas opiniones anti-esclavistas, quiso ascender al coronel Benton á teniente general y confiarle luego el mando del ejército, lo cual habría sido un ultraje para Scott, que habría pedido al instante su retiro definitivo; pero el Congreso se opuso á semejante villanía y Polk tuvo que desistir de su proyecto. Benton había hecho las campañas de 1812, 1813 y 1814, pero desde hacía tiempo se había retirado del servicio activo y le faltaba la experiencia en el ramo de guerra. En esta situación el gobierno prometió á Scott, que ya estaba camino de México, todo cuanto pudiera alhagarle para borrar la impresión fatal que le había causado la intriga, pero despues casi nada de lo prometido se le cumplió. Al disgusto que hubo de causar á Scott la malquerencia del presidente, se agregó la abierta enemistad, según dice Grant, como testigo ocular, de muchos de sus subordinados, oficiales y jefes, la mayor parte noveles, no fogueados todavía, pero que todos cumplieron como buenos, habiendo figurado despues en primera línea muchos de ellos en la guerra separatista, ya en el ejército del Norte, ya en el del Sur, como Gran, Meade, Jefferson, Davis, Har-

dee, Lee, Beauregard, Mac-Clellan, Pillow, Quintman y otros.

Scott, reforzado con las mejores tropas de Taylor, á pesar de las protestas de éste, disponía de 10,000 á 12,000 hombres, en lugar de 25,000 que se le habían prometido, cuando emprendió su expedición contra Veracruz y México. Empresa arrojadísima era apoderarse de aquella importantísima plaza marítima, dejarla bien guarnecida, marchar despues con el resto del pequeño ejército, atravesando cordilleras fragosas, á la capital distante 416 kilómetros de la costa, y establecerse en ella. El brillante éxito que obtuvieron las armas de los Estados Unidos no fué debido solamente al valor, tenacidad y perseverancia de la tropa, sino tambien á la debilidad, ineptitud, armamento defectuoso, escasez de artillería y demás pertrechos, y desmoralización del ejército mexicano, derrotado ya diferentes veces en el Norte por las fuerzas del general Taylor.

En el mes de Marzo de 1847 abrió Scott el fuego contra Veracruz, bien fortificada y protegida además por fuertes, entre estos el tan renombrado de San Juan de Ulúa. La escuadra, al mando del comodoro Connor, cooperó eficazmente al bombardeo. El 29 del mismo mes rindióse el general mexicano Morales, con la guarnición de 5,000 hombres y entregó la ciudad y los fuertes, con 400 cañones y un abundante material de guerra. Esta victoria sólo costó á los americanos 64 bajas entre muertos y heridos, pero de haberse prolongado el sitio, habría sido fácil que hubiera costado caro á los sitiadores, que por no estar aclimatados tenían mucho la fiebre amarilla. En 8 de Abril púsose el ejército invasor en marcha en tres divisiones mandadas por los generales Twiggs, Paterson y Worth para Jalapa, en cuyas inmediaciones, cerca de Cerro Gordo, derrotaron completamente por medio de un rodeo difícilísimo, al ejército mexicano mandado por Santa-Anna y vencido ya por Taylor cerca de Buena



Vista, al cual hicieron 3000 prisioneros. Desde entonces quedaron tan desmoralizadas las fuerzas mexicanas, que su resistencia fué en adelante muy débil, lo cual permitió á Scott avanzar con su pequeño ejército hasta la capital, despues de ocupar á Puebla sin resistencia y de derrotar por segunda vez á Santa Anna cerca de Contreras á once leguas de México. Mayor resistencia, que les causó muchas bajas, encontraron los norte-americanos cerca de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec; pero al fin entró Scott en la capital el 14 de Septiembre y allí empezaron inmediatamente las negociaciones de paz, que concluyeron con la cesión de Texas, del actual Estado de California, de la mayor parte de Arizona y del Nuevo México desde el Río Grande, que quedó designado por límite entre ambas repúblicas, todo en cambio de quince millones de pesos fuertes, de cuya suma, pagada por los Estados Unidos, descontaron éstos tres millones y medio que correspondieron á las indemnizaciones reclamadas por ciudadanos norte-americanos. En 30 de Mayo de 1848 fué ratificada la paz en Guadalupe Hidalgo. Estas negociaciones se hicieron entre el enviado plenipotenciario de los Estados Unidos, Twist y el gobierno provisional mexicano que se había formado en Querétaro, pues que Santa-Anna había resignado el poder y se había retirado á Jamaica.

Las desavenencias entre Scott y los generales Pillow y Worth llegaron á tal extremo, que aquel hizo arrestar á éstos por insubordinación, pero como estaban apoyados por el gobierno de Washington, lograron la destitución de Scott, que además fué llevado ante un consejo de guerra. El consejo le absolvió sin nota y el Congreso le honró con un voto de gracias y una medalla de oro conmemorativa. Scott se retiró disgustado y obtuvo su puesto el general Butler.

Mayores fueron los triunfos alcanzados casi sin derramamiento de sangre por los Estados Unidos en el extremo Oeste del continente norte-americano. Un

tercer ejército á las órdenes de Kearney, había entrado en el territorio de Nuevo México sin encontrar resistencia alguna en los desfiladeros escabrosos que tuvo que pasar, gracias al oro bien empleado del gobierno, según se decía; y despues de instalar un gobierno provisional en Santa Fe, habíase dirigido á California, donde encontró el trabajo casi hecho por la resolución y decisión de sus compatriotas, y especialmente del capitán Fremont, ocupado desde Mayo de 1845 en su tercera expedición científica y exploradora de las regiones marítimas del lado del Oceano Pacífico. En Febrero de 1846. hallándose en Monterrey, había solicitado y obtenido del gobierno mexicano el permiso de pasar con su gente el invierno en la cuenca del río San Joaquin, que desemboca en la bahía de San Francisco; pero receloso el citado gobierno de que Fremont tratara de sublevar los colonos inmigrados allí de los Estados Unidos, revocó su permiso, y el comandante mexicano Castro se dispuso á arrojar de aquella comarca la expedición. Entonces retiróse Fremont y se estableció con su gente y compañeros en una montaña, donde podía en caso necesario defenderse contra un ataque armado. Allí izó la bandera de la Unión y aguardó los sucesos. Más adelante dirigióse sin ser molestado al territorio del Oregón y encontró junto al lago grande de Klamath á un teniente del ejército de los Estados Unidos llamado Gillespie, encargado el año anterior por el gobierno de Polk de pasar á California con instrucciones, para velar por los intereses de la Unión é inutilizar los trabajos de los agentes de otros gobiernos extranjeros que pudieran preparar allí proyectos perjudiciales á los Estados Unidos. A instancias de Gillespie, y enterado de su misión regresó Fremont á California, donde hizo abiertamente resistencia á las autoridades mexicanas, y al propio tiempo levantaron los colonos norte-americanos y ocuparon á la fuerza la ciudad de Sonoma, donde se les juntó Fremont, que rechazó un ataque de las tropas mexica-



nas. Los colonos, animados con esta victoria, proclamaron en 4 de Julio, la independencia de California.

El día 2 de Julio presentóse delante de Monterrey el comodoro Sloat con su escuadra y pocos días después intimó á la plaza la rendición sin estar autorizado de su gobierno para ello y únicamente porque había sabido, hallándose estacionado delante de Mazatlan, que había estallado la guerra entre la Unión y México. Sin embargo, cuando supo el suceso de Sonoma y que estaba auxiliando á aquel pronunciamiento, arredróle la responsabilidad en que había incurrido y pretextando falta de salud dejó el mando al comodoro Stockton, el cual, desechando todos los escrúpulos, se entendió con Fremont y entre los dos acabaron la conquista de California. Ocuparon á Monterrey, en cuyo puerto se presentó después, en 16 de Julio, el almirante inglés Seymocer con su escuadra; pero no contando con instrucciones, no quiso emprender nada en vista del hecho consumado. El 13 de Agosto ondeó la bandera de los Estados Unidos en la bahía de San Francisco y en Los Angeles, y el 17 de Agosto publicó Stockton un manifiesto en el cual hizo saber á los habitantes que el territorio de California había pasado á formar parte de los Estados Unidos, y que sería gobernado, tan pronto como las circunstancias lo permitieran, por las leyes y funcionarios de los mismos Estados y análogamente á los demás de la Unión. La adquisición de Texas aseguró á los Estados Unidos el dominio del golfo de México y la conquista de California, con el famoso puerto de San Francisco, de la costa del Pacífico y del emporio del comercio entre América y Asia, lo cual no podía hacer la posesión del Oregón por su falta de buenos puertos. Si se prescinde de la cuestión de derecho y de la moralidad, puede decirse tambien que el ingreso de los territorios separados de México en la gran república norte-americana fué un suceso feliz, pues que se entregaron á la actividad de una población numerosísima que no tardó á extenderse por ellos. Ante la mo-

ral era esa conquista una iniquidad, como lo fué la partición de Polonia; pero como la hora de ésta en su tiempo, había llegado tambien la hora de aquellos territorios, y á tardar más, habría sido muy posible que la codiciosa Inglaterra se hubiera apoderado de ellos.

Antes de firmarse la paz con México habíase levantado ya una ruda guerra oratoria en el congreso de Washington sobre la cuestión de si los nuevos territorios que la Unión estaba á punto de adquirir habían de dedicarse al trabajo de esclavos ó nó. El presidente había pedido un crédito de dos millones de pesos «para los gastos extraordinarios que pudieran ocurrir en las relaciones con las potencias extranjeras,» aduciendo como precedente un caso análogo ocurrido durante la presidencia de Jefferson en 1803. El diputado Winthrop se declaró en contra en términos fuertes, diciendo que esto equivaldría á un voto de confianza que el gobierno en su opinión no merecía. Adams propuso como enmienda que se concediese el fondo pedido con la condición especial de que había de emplearse exclusivamente en facilitar las negociaciones de paz con México, y Wilmot, de Pensilvania, presentó otra enmienda para que se pusiera á toda adquisición de territorio mexicano la condición especial y fundamental de que en todos los territorios adquiridos de México jamás debería haber esclavitud ni servidumbre involuntaria alguna. Esta condición hizo entablar la lucha en toda la línea entre los esclavistas y anti-esclavistas, lucha mucho más ardorosa y más prolongada que la provocada en su tiempo por la admisión del Missouri y la línea divisoria entre los territorios esclavistas y no esclavistas; pero finalmente fué admitida la enmienda de Wilmot en la cámara de representantes por 83 votos contra 64. Esta cuestión quedó pendiente á causa de la suspensión de las sesiones hasta nuevo aviso, y no llegó á decidirse nunca en aquella legislatura por efecto de los manejos parlamentarios de los senadores del Sur, porque si la esclavitud quedaba prohibida en los



territorios arrebatados á México, quedaba asegurada dentro de poco tiempo y para siempre la supremacía del Norte en el senado, como lo estaba ya en la otra cámara. En la legislatura siguiente fué votado el crédito pedido, aumentado hasta tres millones de pesos, sin la enmienda de Wilmot, pero no por esto consiguió el Sur introducir la esclavitud en los Estados marítimos del Océano Pacífico.

Durante los debates del crédito de dos millones, ocurrió la escena conmovedora que fué prelude de la muerte del venerable patriota Quincy Adams. Este, despues de una prolongada y grave enfermedad, de la cual nadie creyó que saliera con vida, se presentó en la Cámara de representantes en la sesión de 13 de Febrero de 1847. A su entrada en el salón se levantaron de sus asientos todos los diputados sin distinción de partidos y dos de ellos acompañaron al anciano á su sitio. Así signió un año, hasta el 21 de Febrero de 1848. En la sesión de este día fueron interrumpidos los debates súbitamente, á las dos y media de la tarde, por la voz de *¡Alto! ¡el señor Adams!* porque éste se había levantado para decir algo, y antes de pronunciar una palabra había caído desplomado al suelo, como un guerrero en el campo de honor. La sesión se levantó y la Cámara suspendió sus reuniones hasta nuevo aviso. Dos días despues exhaló Adams el postrer suspiro á la edad de 81 años. Sus restos mortales descansan en la Iglesia de Quincy y su lápida mortuoria lleva esta inscripción sencilla: *Alteri sæculo.*

Cuando se abrió la legislatura, en el mes de Diciembre de 1847, fué elegido presidente de la Cámara de representantes Wintrop, de la extrema izquierda, anti-esclavista del Norte, que en la legislatura anterior había votado á favor de la enmienda Wilmont, pero en esta legislatura imitó la conducta de sus correligionarios que habían creído necesario cejar algún tanto en su oposición á los esclavistas del Sur para no sucumbir en la elección presidencial inmediata, que de

otra manera tenían asegurada. Por esto á pesar de estar los anti-esclavistas en mayoría en este congreso, el trigésimo de los Estados Unidos, que se componía de 116 whigs y 108 demócratas, no hubo medio de volver á votar la enmienda Wilmont, que había sido votada por el Congreso anterior en su última legislatura cuando era la mayoría demócrata, pues se componía de 142 demócratas y sólo de 75 whigs.

Durante las negociaciones de paz, el gobierno provisional de México había hecho todos los esfuerzos imaginables para preservar á los territorios que iba á ceder á los Estados Unidos de la plaga de la esclavitud, introduciendo en el tratado una cláusula á este efecto; pero el plenipotenciario Twist declaró que esto era imposible, y dijo que aunque el valor de los territorios de que se trataba fuese diez veces mayor de lo que era, y aunque cada pulgada de terreno estuviese cubierta de una capa de oro puro hasta la altura de un pié, no habría entrado el gobierno de la Unión en negociaciones si la cesión se hubiese de verificar bajo la condición de no admitir la esclavitud en aquellos territorios. Añadió que ni él haría semejante proposición á su gobierno, ni ningún presidente de los Estados Unidos se atrevería á presentar semejante tratado al Senado para su aceptación. ¡A esta altura había llegado el partido esclavista! El tratado de Guadalupe Hidalgo fué votado por la Cámara de representantes sin cláusula restrictiva alguna, pero con la indemnización de quince millones de pesos para el país vencido, y el Senado de Washington lo ratificó sin dificultad alguna, dando así á entender al mundo que toda la nación, el Norte como el Sur, era ante todo partidaria de la esclavitud.

El partido democrático, imperante durante la presidencia de Polk, había lanzado á los Estados Unidos á la guerra con México y había salido victorioso de ella, pero por los esfuerzos de dos generales del partido whigs, Taylor y Scott, á pesar de todas las cábalas,